

Historia de Mu

Mu era una muchacha cabizbaja, cuya principal ocupación era buscar diariamente la leche para el consumo en su casa, donde vivían su madre, su padre y tres hermanos pequeños.

Para ir a buscar la leche Mu utilizaba una pequeña garrafa de plástico, de leche pasteurizada, usada y vuelta a usar miles de veces.

Una mañana, en la que Mu se dirigía a la pequeña tienda que quedaba a sólo cincuenta metros de su hogar, se encontró un pequeño cuaderno muy bonito, con la portada azul brillante, y una espiral plástica blanca y limpia que sujetaba las hojas.

Sin pensarlo mucho, y por lo nuevo que se veía, levantó el objeto y se lo llevó.

Incierto era el destino que Mu le daría al cuaderno, puesto que no sabía escribir ni leer.

Guardó "el libro", como ella le decía, debajo de su curtida almohada, durante mucho tiempo, unas quince semanas, y allí el cuaderno se fue poniendo doblado y opaco, como si lo hubiesen echado a la basura.

Afortunadamente, una noche muy temprano, mientras acomodaba su cama, tomó el cuaderno y recapacitó. Lo revisó. A pesar de estar opaco y doblado, sus páginas estaban limpias

y completas. Decidió ponerlo en una caja de madera debajo de la cama, y de ese modo estaría mucho mejor.

Cubierta la caja con una lámina de metal, su objeto estaría protegido de cucarachas y ratones, y ya no se doblaría más.

A pesar de que "su libro" en blanco estaba doblado, siempre le serviría para recordar el momento maravilloso en que se lo encontró en la calle, cuando caminaba hacia la tienda para buscar la leche que consumirían en casa.

El tiempo continuó transcurriendo, y Mu se vio viviendo con otras ocupaciones y preocupaciones, con sus propios hijos y en la misma casa. Papá y Mamá habían fallecido hacía ya mucho.

A pesar de muchas privaciones, Mu sabía sonreír de la manera más ingenua y encantadora, y de ese modo nunca dejó de hacerlo, aunque a su cuerpo llegase el cansancio, y su rostro se llenase de arrugas y de tiempo.

Siempre tuvo debajo de su cama, su caja de madera y "su libro" en blanco, del que nunca nadie supo nada, o al que nunca nadie se interesó en mirar.

Ella llegó a tener muchos gatos, que llenaban la casa de pequeños pelos, y de un olor almizclado del cual nunca nadie tampoco se quejó. Sólo les molestaba un poco que los gatos no dejasen caminar a la gente por dentro de la casa. Era todo un trabajo alimentar a los gatos, mantener la casa limpia, pero Mu lo hacía sin quejarse.

En la pequeña caja de madera, su pequeño libro en blanco estaba protegido hasta de los gatos.

Mu alimentaba a los animales en el patio de su casa, visible totalmente desde la calle contigua, y a veces era posible ver su hermosa sonrisa, mientras los gatos daban cuenta de lo que les estaba sirviendo.

Cuando el tiempo finalmente hizo que a nuestra protagonista le tocara morir, se recostó serena en su camita de siempre, y sacó el libro en blanco de su recipiente de madera para contemplarlo.

Más que contemplarlo, sólo lo miró un momento con sus ojos cansados, y luego dejó que sus dedos recorrieran la superficie deslucida de la portada, el cuerpo doblado del cuaderno, la espiral de plástico, las hojas limpias y lisas de bordes redondeados.

Munipodia Sánchez Bermúdez había sido tan pobre, que sólo tenía una hermosa sonrisa, seis gatos, y un precioso, espectacular, bellísimo cuaderno, y se murió sonriendo.

Juan Carlos Viloría Petit

Maracaibo - Mayo del 2005.